

Brava, abundan las grandes edificaciones

que aquí, en honor a la verdad sea dicho, quedan algo disimuladas, dada la inmensidad del golfo.

¿FUERON INEVITABLES LOS RASCACIELOS?

Cuando leo o escucho discusiones sobre los rascacielos, muy pocas veces observo que se intente analizar el fondo de la cuestión. Las agrias censuras que se levantan, la pasión que se pone la polémica quita ecuanimidad a la discusión. ¿Eran o no eran necesarios los rascacielos?

Les confesaré que yo no soy ni amigo ni enemigo por principio de estas edificaciones. Por lo tanto, puedo

emplazamiento de construcción

escribir, o al menos lo pretendo, con cierta imparcialidad. Los rascacielos nacieron en una época de pleno "boom" turístico. Fue en aquellos años en que la noche era una incógnita para los turistas, ya que no había albergues. Eran los tiempos en que se alquilaban las habitaciones particulares y las gentes no paraban mientes en ceder sus alcobas por treinta duros a una pareja de turistas... Los pueblos temían que la riada se extendiera hacia el sur, si no se les ofrecía rápido y cómodo hospedaje.

Avispados inversores compraron solares y, amparándose en que en aquel entonces las reglamentaciones y leyes del suelo eran más o menos ambiguas, quisieron aprovechar el máximo la rentabilidad del solar. Y buscaron la verticalidad.

En ciertas poblaciones, había unas disposiciones que hablaban de "edificios singulares", y a ellas se acogieron los dos rascacielos de Palamós, precisamente en unos terrenos que vendió el Municipio y con cuyo dinero se emprendió el encauzamiento de la riera Aubí y con ello se procuró una solución a las inundaciones procedentes de aquel cauce.

¿Eran inevitables los rascacielos? A mi entender, lo que hay que distin-

guir en estas construcciones no es su altura más o menos desmesurada, sino su *emplazamiento*. Aquí es donde fallaron los ayuntamientos, fallo que, repetimos, hay que comprender, ateniéndonos en que sucedió en unos tiempos en que el turismo lo arrollaba todo.

Todo hubiese consistido en autorizar esas gigantescas edificaciones, pero en una *segunda fila*, emplazamiento que casi en todos los pueblos de la Costa Brava viene señalado por el paso de la carretera, lo que quiere decir que hubiese bastado trazar una raya de separación desde la carretera al mar y otra desde la carretera al interior, autorizándose en este segundo

por otras personas celosas de que se cumplan las leyes, se decreta la paralización de las mismas o se subordinan a pleitos y contenciosos que, aun ganándose, siempre encarecen desorbitadamente los presupuestos.

PARA EL FUTURO

Pretender que en la Costa Brava sólo se puedan erigir chalets y torres o edificios de media docena de plantas, es pura utopía, dado el valor del palmo cuadrado. Además, los rascacielos pueden dar empaque a un determinado sector, siempre que se le dote de los complementos indispensables, ta-



Si estos edificios de Sant Antoni de Calonge se hubiesen levantado al otro lado de la carretera, se hubiera salvado una de las panorámicas más bellas de la bahía de Palamós.

sector los rascacielos, mientras en el primero podía haberse limitado la altura a las tres o cuatro plantas.

AHORA, SE VIGILA MUCHO

Sí, ahora se vigila y se hila muy delgado; pero lo construido, construido está. Con todo, esta vigilancia parece que no asusta a algunos constructores que, basándose en la clásica solución del hecho consumado, intentan burlar las ordenanzas "colocando" un par o más de pisos sobre los autorizados. Pero ahora la cosa ha cambiado mucho, y estas obras en cuanto son detectadas, ya por las autoridades, ya

les como servicios sanitarios, depuradoras, etc., etc.; pero la cuestión está en saber elegir sus emplazamientos, buscando zonas que no rompan la armonía de un paisaje, ni estropeen la configuración de la costa. En suma, que hay que ubicar o reunir a los nuevos rascacielos que puedan construirse en el futuro, y que serán necesarios, ya que, afortunadamente, sigue pujante la atracción de nuestro litoral, en una segunda línea con lo que, en vez de obrar de barrera entre el mar y el pueblo, servirán de parapeto a los vientos del norte.

¿Lo veremos nosotros? Quiéralo Dios.

Jaime Sureda Prat